

# Lazos de Invierno-Un estudio sobre el desafío

Lucas Vera



Image not found.

## Capítulo 1

Los gritos que se oían más allá de las paredes podían ser de risa o de dolor . Así se confundían y la diferencia radicaba en la elección, aunque poco calmaba preferir la garganta abierta de Jurt, o la carcajada de Frij, el barrigón. Una u otra terminaban en su propia puerta echada abajo y los soldados del Estado asomando como espectros con espadas.

Burun apiló la última silla contra la entrada rezando porque aguantara lo necesario, que en su mente era lo suficiente para poner a su familia a salvo. Si aquel montón de muebles improvisado a desesperación podía darle eso consideraría que los milagros existían como una forma extrema de la suerte.

Nirri acunaba al niño contra su pecho, como si taparle la cara cancelara la tragedia. Era esa la ternura que le permitía mover sus temblorosas piernas, aunque el apagado fuego lo pusiera más difícil. Cargó las arpilleras-carne salada, manzanas, masas sobrantes del día anterior, guantes bufandas, cuchillos, cucharas-y colgó cuanto odre pudo a su cintura. Condujo a su mujer sin dirigirle la palabra. Las tenía pero su boca debió haberse congelado o no era el hombre con el que ella creía haberse unido. De ser así, ¿quién era en realidad? ¿Con quién vivía Nirri? ¿Con quién crecería su hijo? Preguntas ocasionales sobre las que no entendía por qué se las hacía ahora, con la madre de Nirri de pie y de espaldas al cuarto de despensa, enmarañado el pelo, astillado el garrote en sus manos. Quizás porque estaba ahí se las preguntaba, quizás porque mantenía los labios apretados en una línea fina que podía ser de resignada o decisión-¿había mucha distancia entre las dos?-y los ojos atravesándolo, en una quietud que era nada, absolutamente nada.

La abuela no los acompañaría. Su postura, como refugiada, bajo la lana y el cuero, sostenía la silenciosa negativa de cuando le pidiera que se preparase. Burun no se repitió. En los años que contaban conviviendo su relación se había definido de pura aceptación. No se odiaban ni se amaban, así que reconocían sus méritos y defectos con la efusión con la que se levantaban o lavaban. A pesar de eso se conmovió. Era cierto que los graros viejos cobraban un orgullo inhumano a partir de una edad-no era poco llegar y superar los ochenta años-pero Burun había supuesto que incluso aquello retrocedería ante la muerte o la esperanza de criar a su nieto. Equivocado, claro estaba. Y la odiaba por el daño que le haría a Nirri, aun si Nirri misma aseguraba que la honraba su valor. La admiraba también. Al juicio de la anciana Burun había perdido el aplomo propio de los pastores de la nieve, por lo que se sorprendió por adentro cuando aceptó regalarle bendiciones de fuerza para su familia y para hacer todo lo que asegurara el bienestar de sus amados. La abuela se mordió el labio,

manchó el pulgar con sangre y él se lo besó.

Entonces los paralizó un tumbo a la puerta. La mesa se deslizó unos centímetros y varias sillas resbalaron. Los despabiló el siguiente golpe, acompañado de ordenanzas sin misericordia.

Burun tomó a su familia-la que escogió escapar-y no volvió la cabeza ni una sola vez mientras corría escasamente el altar a los antepasados, mientras desencajaba la parte falsa de la pared y Nirri gateaba, luego, con su hijo amarrado y tranquilo, hacia el cobertizo. No se preocupó por si caería algún soldado antes de que la mataran, cuando el desarme de la barricada lo recorrió como un escalofrío extrañamente afilado. Seguía sin arrepentirse al atravesar el campo blanco que mediaba desde su hogar al Bosque de los Palos, pero el dolor que le apretaba los pulmones se parecía demasiado al remordimiento.

De la cerca que rodeaba la pequeña huerta-ahora inutilizable-tras el cobertizo hasta la entrada del bosque había trescientos pasos aproximadamente. Su padre los había contado una mañana de primavera en la que lo obligó a caminarla para que comprendiera su valor en caso de que una situación lo ameritara. Burun, entonces un devoto enamorado de una de las bailarinas del circo itinerante que punteaba Paso de los Palos en su travesía (Aggra era su nombre), se lo agradecía. Puteaba también al mundo por las campañas del Estado y por darle la razón a los ancianos que vieron, dos días ha, un augurio en la nevada.

El pie se hundía entero al pisar y si a él le costaba horrores no quería imaginarse lo que a Nirri. Pero ella no decía nada. No lo había hecho tras la tempestiva aparición de las milicias ni cuando titubeaba entre de qué aprovisionarse y de qué no. Aunque prueba del honor que sentía por el destino de su madre, la mano con la que protegía al bebé del viento no flaqueaba. Y estaba seguro de que no había disminuido su avance.

Miró atrás. Nadie los seguía, pero eso no significaba nada. Lo que lo empequeñeció fue ver cómo su casa se achicaba y, al borde de su ojo, los dedos de su mujer entrelazados con los suyos. Ni tomados por las muñecas ni aferrándose en un apretón que se aferraba a su vez a lo que fuera que combatiese el miedo. Ese amor tan sutil y dedicado lo redujo a una fracción imperceptible, ridículamente diminuta, y lo hizo luchar por otro día más con él.

El linde del bosque aparecía a lo lejos como estacas alineadas, y era una expresión que no le hacía justicia a lo que le trepaba a uno cuando estaba dentro. El Bosque de los Palos era un cementerio de árboles raquíticos que, si en la temporada fría congelaba cualquier ánimo, en la viva era peor, pues las hojas que crecían eran tan opacas y esparcidas que daba la

impresión de que se deleitaba en ese masoquismo de alcanzar una belleza. Con horror y todo Burun se permitió una sonrisa. Era otro metro a la seguridad.

Un aullido. Un ladrido. ¿Gritó algo? No, no era tanta su alegría.

Un lobo se acercaba. Recortada su figura contra la mole que era el Pico de las Bestias, con sus simas ahondando el cielo, parecía salido de los relatos donde los niños desaparecen por desestimar las leyes más obvias. Luego se sumó un segundo. Y un tercero, precediendo una escuadra de jinetes sombreados por la ventolera y por la tarde. No venían del pueblo. ¿Por qué pensó que sólo vendrían del pueblo? ¿Por qué no consideró la chance de que apostaran vigilantes en un área tan obvia y descampada? ¿Por qué pensó que podría huir del Estado? Pero ya que huían no ideó más que continuar, así que mudo todavía, denegada la mueca, de la mano de Nirri y la certeza de un hijo dependiendo de sus bolas o de la perseverancia del pavor, apuró.

El primer lobo se abalanzó sobre su espalda. Arribó en cuestión de latidos. Su cálido aliento en la nuca endulzó perder el equilibrio, más amigable que el helado ardor de su rostro enterrado e impedido de gritar. No supo más que los alaridos de Nirri, que las dentelladas explotándole al oído, hambre contenida, y los llantos de su hijo. Los llantos de su hijo. La percepción de Nirri siendo derribada. Los llantos de su hijo. Botas pesadas en la nieve. Caballos relinchando. Los llantos de su hijo. Palabras familiares. Un acento familiar. Un idioma familiar. Los llantos de su hijo.

Lo levantaron dos soldados. No le prestaron atención a sus protestas. Gritó el nombre de su mujer. Gritó el nombre de su niño. Acorralados los dos a punta de espada-rectangulares hojas-mientras arrancaban a ella los fardos y echaban su contenido al suelo. Incluso él supo que eso era incompetencia. No hallaron nada de valor, así que los ataron. Sólo ahí vio que no todos eran soldados, que no todos mostraban los puños cruzados con los que el Estado se identificaba y que a algunos les tintineaba un collar de hierro negro con letras de verde sucio y parpadeante, encorvados, sacudiendo el cuerpo como fieras a punto de saltar. Los lobos habían desaparecido y las únicas cosas siquiera semejantes eran cabezas de perros reducidas que pendían de pulseras. Pulseras de dueños roñosos, barbudos, abrigados con nada salvo camisas y calzones de cuero, como fiera jugando a ser algo que no son, o que fueron y no pueden recordar.

Skaari.

Los brujos de su pueblo.

Los que recibían poder de sus antepasados, de todos los antepasados,

acorde a rumores.

Burun, cuya única relación con los muertos era llorarlos y pensarlos, en silencio, en plegarias, se rindió. No le advirtió a Nirri sobre resistirse, ella no lo hizo igual. Sostenía la mano aún delante de su hijo, a pesar de que la corriente se había detenido y las armas, envainado. Pero ya sólo confirmaba cuán bien había obrado al final y cuán inútil antes. Los colocaron en el medio de la formación y condujeron de vuelta por donde vinieron. A medida que la distancia hacia el Bosque de los Palos se alargaba a sus espaldas, declinaba el sol, ocultándose tras las montañas. Con el invierno todavía a meses aparentaba el reflejo de una llama luchando contra la extinción.

Burun superó la suspensión y empezó a formular ideas para mantenerse juntos. Elevó la vista en dirección al pueblo y dio con un borrón rojo y palpitante, un ascendente trastornado de cómo debería arder la vida. La cara de la abuela se le había entrometido como una concepción, la unión, y no tenía nada que ver con que la muerte les deparara la eternidad de hacerlos nieve. Burun retrasaría cuánto fuera posible ese destino y cuando acaeciese lo haría sobre los tres. Juntos. Regresó, también, aquel dolor, con el matiz de una ausencia de la que, sin enterarse, esperaba que no se cumpliera.

La nevada se tornaba intermitente y sus intervalos, más prolongados. Los soldados, cuatro, cabalgaban cuchicheando. Burun no necesitaba conocer su idioma para interpretar la altivez. Confiaban tanto en que no se les opondrían que ni los vigilaban. Le amargaba el paladar que estuviesen en razón y comprobar el ánimo de Nirri no ayudó. Ella no se había deprimido ni había abandonado el celo con el que defendía a su hijo berreando, si cabe, más intenso. Lo que irradiaba su semblante era la nada a la que se abstuvo su madre, desde la que enarboló su voluntad de resistir y lo peor era que le decía nada para no admitir-en una oración propiamente hecha-que se trataba de una voluntad que era incapaz de identificar.

Los skaari lideraban el camino, apañándose en cuatro patas sin que los afectase la sábana de frío. Se comunicaban a ladridos y por instantes hasta creía que se divertían, como niños pero carentes de inocencia, lo que los hacía infinitamente repugnantes. ¿Qué magia habían grabado en esos collares para rebajar así a un hombre? A hombres que entre los graros guardaban importancia por su cualidad y cantidad. En toda su vida Burun sólo había visto dos, ambos en rituales, conjurando cantos graves, como tañidos de campanas de roca, como un trueno coronando el Pico de las Bestias, una nota continua, constante.

Se detuvo porque pensó en detenerse, aunque eso no era completamente cierto, ya que los skaari lo hicieron antes y rugían hacia ellos. Se dio vuelta por su mujer, que tampoco era falso si le incluía el temor a esa nada ("No es nada" pensó). Nirri se erguía cual estatua, pálida de alma,

como si naciera de la nieve en gentileza. Acariciaba la cabeza de su hijo ("nuestro hijo"), de la que sobresalía una empuñadura rudimentaria de madera, de la que nacía, tan cruel e irónico, un reguero rojo. El rastro que goteaba se extendía, se perdía en la ventisca, que lo respetaba. Un soldado la insultó. Ella no le respondió, así que la insultó de nuevo, ahora con la mano cerca de la espada. Aproximó el caballo y vio lo sucedido. Los skaari aullaron. Sonaba a venas derramándose. Burun se descubrió avanzando antes de que el recuerdo de la anciana anclara. Mejor dicho, antes de que asomara a la superficie. Cuando enseñó los dientes, y el vacío oscuro entre hileras, tenía más instinto que concepto de lo que debía actuar. Cerró la boca sobre el rostro. Los párpados, enjutos, no le dificultaron dibujar a la perfección los pómulos de Nirri y su nariz desprendiéndose, ni el eco de sus alaridos arrastrado por la creciente de la tormenta. Retrocedió para evitar, sin pretenderlo, la espalda del soldado en un arco descendente, tan determinada como descompuesto él. Tenía el cuchillo entre las manos. Adelantó el pie derecho. El extremo de una hoja, mucho más reconfortante que ese mundo, le abrió la nuca por debajo de la ropa, y por más que no fuera profundo el corte y el frío entumeciese nervios, miedo, la vacilación, fue la sensación, la pregunta infinitesimal de qué lo tocó, lo que bastó para que un skaari le saltara encima, como dedujo por el vaho podrido de su aliento y las uñas negras. La voz de uno de los hombres evitó que lo matara. Lo levantaron agregando innecesarios golpes. El skaari rodeó, intimidado, los cuerpos, olisqueándolos, sin decidirse entre acercarse o retroceder hasta los suyos. Un soldado (no sabía si el indignado o el cuarto, mantenido al margen) se apeó de su montura y presionó la herida de Nirri con su propia capa. Burun, que no se alarmó, confió en el sangrado y en el clima. Nirri murió unos breves latidos después. El grupo reanudó la marcha, exento de superioridad y con el desenvaine alerta a cualquier indicio. De más está aclarar que procedieron en silencio, con la ventisca charlándoles horrores. Como una bendición.

*La conquista de Paso de los Palos marcó no sólo el fin de un calendario que tomaba el samanismo como referencia, sino la caída de las Tierras Libres, que, a su vez, dio a luz al verdadero año uno del Gran Estado Unido, contrario a la postura sostenida por la conservadora rama de historiadores estatales que lo inicia cumplidos los doce meses, en el nombramiento de Talias Zálavar como Primer Ministro.*

*Es consenso popular que este hecho, esta historia, en todas las*

*posibilidades de la historia, es fundamental para un estudio coherente del caso de Bryrn, el Desafiante.*

## Capítulo 2

### **De mi llegada a Paso de la Victoria**

Si alguien me hubiese pedido, en el instante en que bajé del carro, mis apreciaciones sobre la Conquista de las Nieves (cosa que ya había acontecido en situaciones menos apremiantes) le habría respondido que Samán nos jugó la mejor broma de la historia al apoyar o impulsar una campaña expansionista en la mitad más helada de un continente que, de por sí, escasea bastante en eso del verano, según el Ministerio Nacional de Tiempo y Producción. O lo habría intentado, al menos, tras un castañeteo incontrolable.

Transcurría casi una semana sin nevadas pero el sol, débil o desinteresado, hacía poco para despejar las rutas. Saludé a mi destino con las piernas duras y el culo insensibilizado. Paso de la Victoria no era lo que se pretendió, eso ya me lo habían avisado y de no creerlo, pues cómo dudar del Gran Estado cumpliendo sus promesas, cruzar el Cordón de Néribel (en este lado, la Marca de Frorn) cura al escéptico. La idea, que el pueblo cuya caída simbolizó el nacimiento del más grande país conocido hasta la fecha, primero de belos del año dieciséis, cruzó con un clima nada dispuesto a facilitar el transporte de suministros y materiales que, además de cimentar una arquitectura nacional de definición bastante vaga, debían reparar los excesos de soldados inexpertos henchidos de patria. Así que no me encontré con el ejemplo de manos a la obra con el que El Leal afirmó, en su número inicial, la fundación de un legado imperecedero, sino con estructuras reparadas al voleo, emparchadas con telas o preparaciones cuyo mérito era el ajuste y la dificultad de decidir si aquello era una casa o una nueva corriente de arte. Me pregunté cómo se las arreglarían esos trucos en lo peor de una tormenta que llevaba más de quince años, más de quince años castigando, y no pude evitar el respeto a la fuerza para persistir en tales condiciones. Después descubriría que las condiciones eran peores de lo que pensaba y cavilaría si aquella era menos fuerza que la tentativa de un animal acorralado, pero me adelanto.

La entrada al pueblo eran los restos de un cartel y un abandonado farol que señalizaba la Carretera de la Espada. Junto a ellos me esperaba Lovam Rei, quien, aclaró, ejercía como Secretario de la Construcción del Condado Mandoble (desde Puerto Tranquilo, en la punta norte del continente, hasta Primera Estación, cruzando el Cordón) en lugar de Ravas Rei, postrado por enfermedad y, por casualidad, su padre. Me recibió con un cordial saludo y un abrigo extra. Ambos acepté. Inquirí sobre mi viaje y le ahorré la franqueza que regurgitaba. Una calma travesía, interesantes vistas y demás. El río y me dijo que no hacía falta

mentirle con una ligereza que comunicaba que realmente no hacía falta mentirle, así que me sinceré. Con suavidad.

El conductor lo saludó con una reverencia mal disimulada por el apretón de manos. Hombre calvo y bajo, con un ojo café y uno verde. Lovam se sorprendió tanto como yo, pues ninguno había conocido a un coloreado, y no importaba que se tratase de uno de los ordinarios. Le pidió disculpas por la reacción y él, a su vez, por la demora en el cambio de caballos. "No hay trabajo que la nieve no pueda complicar". Admito que no esperaba un encuentro así de ameno. Debió ser eso por lo que, embriagado de aire rico, me animé a preguntarle si habría inconveniente en proseguir a pie. Sonrió. "El único inconveniente-dijo-sería hacer esperar a unos cuantos Secretarios y Ayudantes, algo con lo que el mundo puede girar". Le agradecemos al coloreado, sumamos una propina a la instrucción de depositar mis pertenencias en el templo que me hospedaría, y arrancamos.

### **Mi primera entrevista a Lovam Rei en el Descanso Amable**

Adentrarnos en Paso de la Victoria acentuó mis impresiones. Bastaban los dedos de una mano para contar los hogares decentes y, tras comentárselo, vi cómo su actitud despreocupada se esfumó. Aun si el cargo que ocupaba era en calidad de sustituto y aun si hasta el Primer Ministro ostentaba nula influencia sobre los caprichos de la naturaleza, era la labor de su padre contra la que había imprecado sin quererlo. Atropellé unas disculpas y él volvió a sonreír, aunque con tristeza. Me dijo que sí, que uno de los remordimientos de su padre-y de todos los Secretarios Provinciales-era no haber logrado construir el núcleo comercial que se visionó e, incluso haciéndolo a un lado, ser incapaz de proveer a los ciudadanos una vida digna. Justo al proponerme un discurso que culpaba a las eventualidades, sentí un toque frío en la testa y un segundo sobre la oreja. Nevaba.

Lovam no se inmutó. Recibió sus copos con ceño de expectativa y menos preocupación de la que a mí me generaba, pues no podía disfrutar a pleno la caída coincidente sin un plato calentito y techo. Debió leerme la expresión. "Era de esperarse. Este castigo no demora sus responsabilidades y hace tiempo que aprendimos que el primer copo carga un escuadrón detrás". Sin dejarme interrogar me condujo a ritmo moderado por la ruta, doblando unas casas después y deteniéndonos frente a una fachada de tres pisos con los tejados cubiertos de nieve y, sobre uno, mugre que alguien vertiera desde la ventana superior. En todos podía hallar estalactitas, chicas y completas o recortadas. Encima de la puerta "El Descanso Amable" rezaba en letras talladas con esmero y

una mancha de sangre seca. Cerca de nosotros, un farol triangular.

El acceso de doble hoja daba a un salón espacioso y de piso de piedra pulida, detalle que me pareció lujoso y, todavía hoy, innecesario. Colgaba una araña de faros prendidos y la fragancia que se percibía estaba a tono con la escasa concurrencia y la iluminación oscilando débil, como pestañeo. Nos acomodamos en una mesa a buena lumbre y grabé los rasgos de Rei en mi mente: el mentón subía hasta unas mejillas redondeadas que resaltaban sus ojos, siempre bien abiertos. Su cabello, una melena oscura. El posadero nos atendió con una sonrisa que delataba ignorancia sobre la nevada que, aún por arreciar, exhibía pistas de fiereza. Pero entonces compartió jocoso la noticia. Lovam prolongó la broma. Nadie parecía conferirle la gravedad que suponía y, en efecto, existía. Ordenamos. Alejado lo suficiente, pregunté a mi compañero por qué se lo tomaban tan a la ligera y me contestó que no lo hacían, pero que se habían instalado desde hace años los modos con los que la gente debía proceder y señalado los lugares de lícito refugio si uno no alcanzaba casa. De ahí el faro triangular. Las nevadas solían durar lo que una tarde, así que las provisiones no eran más problema de lo usual. Recordé los copos. ¿A qué se refería con "castigo"? "A la razón por la que llaman a esta parte del condado "el puñal helado" o "la tierra del invierno", por la que hablan de nosotros como los "ladrones de la nieve". No a nuestra cara, claro, pero a uno le llegan los eventos, los cuchicheos del Senado o las calumnias de los movimientos "restauradores": Los Hacha de Ávalo o la Nueva Comunión. Obtusos demasiado obtusos para apreciar o aunque sea ver el gran esquema de las cosas. Esta nieve. Esta nieve que no cesa y que ellos, los de allá y los que se esconden por acá, dicen que sólo va a cesar cuando regresemos el continente a sus verdaderos dueños. Pero ¿quiénes son? ¿Los que ya no están? Nos aseguramos de que ya no estén. ¿Son, entonces, los que están? Sí, lo son. Nosotros somos los verdaderos dueños. Derramamos sangre que no se puede recuperar para ser los verdaderos dueños". Había algo en sus últimas palabras que se desligaba de su acerbo anterior, algo en esa voz ahogada que falló en ocultar. Le pregunté cómo encajaban estos años en ese gran esquema y si había muchos disidentes dentro de la población, que desestimó con un "los que van por todas partes". Aunque evidente esquivaba, no convenía forzarle una respuesta con mi rango ya que, al fin y al cabo, no era un tema indispensable a mi investigación, pero me provocaba una curiosidad que costaba reprimir. Siquiera al escribir esto podría afirmar si devenía de un carácter inquisitivo o por cómo estuvo por nublarse su garganta cuando dijo sangre.

Obtendría la respuesta.

"Tenemos tiempo-agregó luego de un silencio que no quiso sostener-hasta que amaine la nevada, y la comida realza su sabor con una buena charla. Además, si no nos aburrimos, y usted no vino acá para aburrirse. No, nadie viene al invierno a aburrirse, aunque nadie viene ya, pero sí hay

quienes se quedan. Y eso a veces es peor, ¿no cree? Quedarse es peor. La quietud". No me incomodaba por lo que decía, sino porque no me lo decía a mí. Ni a él. Se miraba las manos como para contener los dedos, tensos. Quizás porque los estiraba la sombra dijo que hay cosas en este mundo que uno no puede sujetar. Como la tormenta o un instante, que también puede ser una tormenta, pero otra clase. Calló, de nuevo mirándose los dedos. "¿Qué es lo que sabe?". Sólo lo que estaba en la denuncia, le conté, de por sí alarmante. Que un skaari renegado, con probabilidad bajo el influjo de sustancias desconocidas, masacró a una concurrencia durante la misa del ascenso de Samán. Que los cuerpos se hallaron en un estado de violencia inconmensurable y que el skaari, de nombre Bryrn y asistente del sacerdote local, también asesinado, lidera ahora un grupo de guerrilleros subversivos que, se presume, tienen su base en alguna cueva del Pico de las Bestias. Y esto, tuve que comentar, me parecía del todo imposible. Los skaari eran humanos, a pesar de sus poderes, y este no raspaba la adultez. Concedió mi punto, "pues la lógica no le erra". Me preguntó si sabía algo de los skaari, además de ser un título graro. "Sólo que llevan brazaletes. Con cabezas, ¿puede ser? Lo escuché de por ahí". Lovam rio. "Sí, los datos sobre ellos suelen distorsionarse. Pulseras llevan. Pulseras con cabezas reducidas de animales. O las llevaban antes, cuando eran un pueblo, pero esa es otra distorsión. Los graros nunca fueron pueblo en el sentido que se les atribuye, nunca estuvieron unidos. Como nosotros. Fueron un montón de asentamientos dispersos, como nosotros una vez lo fuimos, pero confundieron el abandono con independencia. Mi padre lo afirma". Ravas Rei había participado de manera activa en la Conquista de las Nieves, así que su conocimiento sería de primera mano. El entonces Secretario de Asuntos Internos del Condado, Alhos Eine, lo describió una vez, empero, como alguien que juzga con la sola observación, la clase de hombre que ve lo que imagina y no lo sabe".

Comenzaba a impacientarme su divague así que saqué papel y pluma. Remojé la punta. Lo notó. No creo que buscara un inicio fabuloso ni, como sospeché en el transcurso de mi pesquisa, alterara datos. Que ocultó detalles importantes sí, pero yo los descubrí y haciéndolo entendí por qué los escondió, aunque molestase.

"Lo conocí hace cuatro años-relató-. Ya no era el ayudante de nuestro amado y difunto sacerdote, así que puede corregir eso en el informe. Llegué ese mismo día para asumir un puesto al lado de mi padre y lo encontré en un pasillo del templo. Verá, el templo de Samán es en realidad un edificio viejo en el que los graros celebraban, si no me equivoco, asambleas de emergencia, o lo que pueda resultar de gente así tratando de llevar una reunión civilizada. Es un edificio resistente, el más resistente entre los del Paso, así que el sacerdote lo reclamó sin tapujos y tras varias discusiones el Primer Secretario Provincial acordó dejárselo a cambio de poder usarlo para eventos oficiales y como refugio. Esto fue cuando aún se sentía la presencia del samanismo en el Estado y la única

incertidumbre era de cuántos pisos hacer el municipio.

Me dijeron que lo trajo con él. No sabemos de dónde lo sacó o a quién se lo compró. Tampoco sabemos para qué quería a alguien de su edad. Lo imaginaban pero... ¿qué iban a hacer? ¿Armar tanto quilombo por un graro? No, ninguno lo haría. Y para cuando descubrieron que tenía los poderes de un skaari el anciano se había labrado su reputación entre los vecinos. Además tenía algo... algo que incomodaba. Puede que esa fuese otra razón. ¿Qué tenía? Difícil describirlo. Yo pensé que el clima lo había atemperado. Fíjese los niños de acá si es que encuentra alguno. Todos mestizos: graro y corray, graro y unaleno. Algunos tienen rasgos como de tres o cuatro razas. Crecen en la tierra del invierno. Son duros. Parecen venir de la tormenta o ser pedazos de montaña. Y no hablan. Aun si en un lugar así hay poco de lo que conversar no he oído a uno pronunciar una palabra. A uno. No estoy loco. Sé que hablan entre sí, pero ese es el punto, ¿entiende? Entre sí. Y yo creí que era eso. Y lo era, aunque comedido.

Sus ojos eran grises y llevaba el cabello revuelto. Caminaba con una calma que lo atravesaba todo, como si estuviera sin estar. Era transparente, te dabas cuenta, pero no por miedo o timidez. Como si estuviera sin estar, pero a la vez estaba en todos lados. Tenía esa mirada de que no se le escapaba nada y de que a los otros se les escapaba lo único importante, lo fundamental. Quién sabe si lo que pasó con ese viejo lo endureció de un modo extraño. Es mi opinión que sí, que si los rumores son ciertos mucho de lo que terminó por suceder, la muerte del sacerdote sobre todo, nació ahí. ¿Usted cree que los hombres pueden despojarse la piedad? A mí me gusta pensar que no, me gustaría, porque ¿qué somos sin eso?, ¿de qué sirve todo lo que hemos hecho? Lo sacrificado. ¿En qué se vuelven nuestros actos? Yo le aseguro que él era gentil, detrás de esa llana disponibilidad, y que era como era porque no tenía otro agarre a este mundo. Pero así me lo encontré, de casualidad en un pasillo. Uno de los últimos garros de este lado del Cordón. El único skaari sin collar que he visto. Y una aparición. Una verdadera aparición. En el fondo de todo lo que hizo, de lo que vivió, es eso. Un aparecido del silencio.